LA VIRTUALIDAD INTERIOR DEL INDIGENISMO EN *HOMBRES DE MAÍZ*: TOPOGRAFIA DEL INCONSCIENTE AL MARGEN

POR

DANIEL TORRES

University of Cincinnati

I

Aquella especificidad literaria que concibe al sujeto indígena en su marginalidad es replanteada en *Hombres de maíz* desde la interioridad de este sujeto: su inconsciente. El indigenismo se resitúa en la emisión de un discurso del inconsciente que ha perdido su centro primordial por medio del ocultamiento que supuso la conquista para dar paso a un intento de aclaramiento posible.

Tres instancias de la crítica sugieren el fenómeno. Gerald Martin percibe un matiz dialéctico entre el esteticismo y el compromiso que dramatiza en *Hombres de maíz* el contraste entre el mundo poético de las sociedades prealfabetas y las sociedades históricas. C. M. Bertino ve una doble cara del indio en la novela: la externa y la interna. Carlos Martín insiste en el lenguaje que habla dentro de sí mismo y que deriva hacia la identificación con la psicología indígena¹.

Esta virtualidad interior, reconocida por la crítica, se leerá aquí, en la primera sección de la novela («Gaspar Ilom»), como una creación del mito o el devolver una cosmovisión perdida o el recuperarla de entre los vericuetos del inconsciente. Discurso que trasluce la posición de ocultamiento del sujeto frente a su cultura, y que en Asturias supone una recuperación desde sí mismo: o, lo que es mejor, un aclaramiento².

¹ Ver bibliografía para las fichas respectivas.

² Esta posición de ocultamiento del sujeto frente a su cultura en *Hombres de maíz* tiene su subtexto al principio del *Popol-Vuh*: «Pintaremos (lo que pasó) antes del Cristianismo; lo reproduciremos porque no se tiene (ya más) la visión del Libro del Consejo, la visión del alba, de la llegada de ultramar, de nuestra

II

Gaspar Ilom representa inconfundiblemente ciertos rasgos de las clases sacerdotales y guerreras de la civilización maya³. La identificación del cacique con las dignidades de una cultura pre-colombina lo sitúa como una creación del mito primordial de los hombres hechos de maíz. El llamado que recibe este sujeto tres veces le llega de unas voces, las de «los brujos de las luciérnagas» (p. 21) para una reinstauración de un orden anterior:

—El Gaspar Ilom deja que a la tierra de Ilom le roben el sueño de los ojos.

—El Gaspar Ilom deja que a la tierra de Ilom le boten los párpados con hacha...

—El Gaspar Ilom deja que a la tierra de Ilom le chamusquen la ramazón de las pestañas con las quemas que ponen la luna color de hormiga vieja⁴...

Orden traicionado por el veneno que provoca la aniquilación de esa posibilidad de reinstauración. El inicio de esta sección de la novela agrupa a varios narradores⁵ enmascarados y confundidos entre sus propias pala-

(vida en la) sombra, la visión del alba de la vida, como se dice (p. 11). El antes de la vida en la sombra o del tiempo precedente a la civilización sedentaria de los mayas ha sido ocultado. El sujeto de la enunciación en el *Popol-Vuh* intenta un aclaramiento por medio de la escritura del Libro del Consejo. Tanto en *Hombres de maíz* como en el *Popol-Vuh* se asiste al intento de recuperación o de aclaramiento para la creación del mito. Dos sujetos simultáneos: el colectivo de sacerdotes que registra los enigmas primigenios de su cultura por un lado, y por el otro: el Gaspar Ilom llamado por los primeros.

³ Martín Gerald, «Estudio general», en *Hombres de maíz*, edición crítica de Gerald Martín (París: Editions Klincksieck y México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

⁴ Asturias, Miguel Angel, *Hombres de maíz*, edición crítica: texto establecido por Gerald Martín (París: Editions Klincksieck y México: Fondo de Cultura Económica, 1981): 5. De aquí en adelante se dará el número de página al pie de cada cita.

⁵ Aunque no es el objeto de este trabajo un estudio del narrador en *Hombres de maíz*, en tanto se lee el discurso narrativo de manera parcial como una emisión del inconsciente del personaje-protagonista (el Gaspar Ilom), es necesario esbozar brevemente los varios narradores de la novela para contextualizar ese seudonarrador en el que se constituye el pensamiento del cacique. En las páginas iniciales pueden identificarse varias voces. La de los brujos o sacerdotes que emiten el llamado. Una especie de narrador onírico que va estructurándose en aparecidas y desaparecidas esporádicas del discurso narrativo. A medida que progresa el

bras que instan, aclaran, ocultan, describen, explican y recogen la confusa emisión del inconsciente como aquel lugar al que se han relegado aquellos deseos que no se pueden realizar⁶. Y es el lenguaje el elemento que intenta transparentar la situación de Gaspar Ilom. Un lenguaje montado sobre la base de imágenes para nombrar.

Mudo de escondite el Gaspar Ilom con la escopeta bien cargada de semillita de oscurana —eso es la pólvora—, semillita de oscurana mortal, el machete desnudo al cinto, el tecomate con aguardiente, un paño con tabaco, chile, sal y totoposte, dos hojitas de laurel pegadas con saliva a los sentidos sustosos, un vidrio con aceite de almendras y una cajita con pomada de león. Grande era su fuerza, grande era su danza. Su fuerza eran las flores. Su danza eran las nubes (p. 9).

A la semillita de oscurana se la denomina pólvora. A la pólvora, semillita de oscurana. Y a través de esta codificación del lenguaje se entra en una psicología particular, la del hombre y la mujer naturales donde la naturaleza es el medio de expresión de ese inconsciente. Y en cuanto se le aliena de su ambiente se le proscriben su inconsciente al margen. La topografía de esas zonas del interior indígena es la que se quiere mostrar aquí a partir del llamado de los brujos o sacerdotes a Gaspar y el resultado de ese llamado: aquello que piensa el personaje a medida que acepta su misión.

Así pensaba el Gaspar. Así lo hablaba con la cabeza separada del cuerpo, picuda, caliente, envuelta en estropajo canoso de luna... Lo que pensaba era monte recordado, no era pelo nuevo. De las orejas le salía el pensamiento a oír el ganado que le pasaba encima (p. 7).

Y ese pensar del personaje es el entrever en su mente aquello que proviene de antiguo, de la cultura maya-quinche que había instaurado al

relato se oye otra voz más convencional que describe los movimientos del Gaspar Ilom mientras escucha las primeras voces. Una tercera voz que se va entretejiendo con las anteriores conjuga el llamado y la descripción de meros movimientos con aquéllo que piensa directamente el Gaspar. Más adelante, sin embargo, surgirá una voz en tercera persona que narra los sucesos de modo casi tradicional, produciéndose un cambio decisivo en la narración. Cambio que supone la pluralidad de voces que se abandonan y se recuperan para consumir el texto de esta novela.

⁶ La idea del inconsciente es una interpretación libre de los conceptos de una crítica psicoanalítica del texto artístico que se encuentran en los escritos de Lacan. Véase la bibliografía para las fuentes.

hombre hecho de maíz sobre la tierra para que ese fruto fuera su sustento y no su ruina. De eso se trata, de una recuperación que supone, a su vez, una creación.

III

Zona primera: la sombra. La guerra se ha declarado contra los maiceros y el maíz en su material de ser humano encuentra en Gaspar Ilom al mito de retornos necesarios. Este sujeto conjuga la tierra de Ilom y la consciencia de una necesidad de lucha.

—Ve Piojosa, diacun rato va a empezar la bulla. Hay que limpiar la tierra de Ilom de los que botan los árboles con hacha, de los que chamuscan el monte con las quemas, de los que atajan el agua del río que corriendo duerme y en las pozas abre los ojos y se pugre de sueño... los maiceros... esos que han acabado con la sombra, porque la tierra que cae de las estrellas incuenta onde seguir soñando su sueño en el suelo de Ilom, o a mí me duermen para siempre (pp. 7-8).

Tres paradigmas del inconsciente se exhiben. Del llamado inicial: el dejar que le roben, le boten y le chamusquen a la tierra de Ilom el sueño, los párpados y la ramazón de las pestañas, se pasa aquí a la necesidad consciente del personaje de limpiar esa tierra de los que botan, de los que chamuscan, de los que atajan. Los tres paradigmas —robar, botar, chamuscar— se transforman en la realidad guerrera desde ese interior: botar, chamuscar, atajar. La inversión o el trastocamiento de un solo elemento de estas dos enumeraciones ternarias visibiliza los límites entre la consciencia y la inconsciencia de las acciones en toda la novela⁷. Veamos las relaciones. El cambio: de robar a atajar. Robar

⁷ Tres ejemplos de este límite entre la consciencia y la inconsciencia (entre el deseo realizado y el no-realizado) serían la historia de la Candelaria Reinosa, la del Correo-Coyote y la de la María Tecún. Candelaria Reinosa espera a Machojón (muerto por la venganza de los brujos de las luciérnagas a la muerte del Gaspar, dado que el padre de Machojón fue el ejecutor del envenenamiento del cacique). Esa espera es el deseo realizado de saber lo que le informa el personaje enigmático que aparece en la tienducha improvisada de la Candelaria, el Machojón vuelve en las quemas del maíz, «se le ve tan regalán» (p. 27). El deseo no realizado es el de la misma espera, irremediabilmente no volverá. Correo-coyote, el Nicho Aquino, queda suspendido en una realidad que es «más sueño que el sueño» (p. 211). Y se le pide que abandone la bolsa del correo, la consciencia del mundo lineal y real para ingresar en la inconsciencia de la Casa Pintada, un mundo en espiral y de ensueño. Finalmente, la María Tecún, es el personaje-pretecto para desvelar un enigma de la novela entre la consciencia y la inconsciencia: esta María Tecún es María Zacatón. En el momento cuando el señor

el sueño y atajar el agua del río. Atajar : robar : Agua del río : sueño. Juego de relaciones especulares donde la sombra cubre las intenciones. Gaspar Ilom, cacique. Destino: la inconsciencia del sueño.

El Gaspar, al verse perdido, se arrojó al río. El agua que le dio la vida contra el veneno, le daría la muerte contra la montada que disparó sin hacer blanco. Después sólo se oyó el zumbir de los insectos (p. 19).

Zona segunda: la claridad velada. Y el llamado a no dejar que suceda lo que seguirá sucediendo irremediabilmente todavía se produce en medio de una inconsciencia nocturnal, o mejor: aclaramientos esporádicos que se siguen ocultando. Dos signos para la identificación de estos aclaramientos esporádicos:

La claridad de la noche goteaba copal entre las cañas del rancho. Su mujer apenas hacía bulto en el petate. Respiraba boca abajo, como si soplara el fuego dormida (p. 6).

Una llamarada de tuza le agarró la cara al acabarse el tecamate de aguardiente. El sol que pega en los cañales lo quemó por dentro: le quemó la cabeza en la que ya no sentía el pelo como pelo, sino como ceniza de pellejo y le quemó, en la curva de la boca, el murciélago de la campanilla, para que durante el sueño no dejara escapar las palabras del sueño... (p. 7).

Primer signo: la luz de la sombra en medio del fuego. Confluencia de dos zonas del inconsciente, de la sombra primigenia necesaria para la luz de la creación. Relación dialéctica entre los dos elementos. O el bulto de otro cuerpo que se trasluce entre la oscuridad, o la claridad que se desprende de la misma noche, o las brasas intermitentes de un fuego que se sopla y se prende y se apaga y se oscurece y se aclara.

Segundo signo: la llamarada, el sol, quemarse. Si en el signo anterior se prevenían los sucesos de la quema de Gaspar, el hombre de maíz (tótem), por medio de aquel veneno; en este signo segundo se ejecuta. Dicho de otro modo: es desde la emisión inconsciente de los aclaramientos esporádicos desde el lugar desde el cual Gaspar Ilom recibe

Nicho Aquino (en su acepción del Nicho al que le robaron el correo y no de su nahual, el coyote que ingresó al ensueño) le pregunta a María Tecún si es la famosa María Tecún, ella responde: «También usted sabe lo de la piedra, pues... Entonces, según, ésa soy yo; piedra allá y gente aquí.» (p. 235). Dos acepciones para los dos mundos. O se accede a la piedra de la inconsciencia y de los nahuales o se es gente en el lugar consciente de la narración. Caso de la Tecún y del Aquino (piedra y coyote).

aquel llamado que incluye su destino. Los dos signos de esta zona segunda de la claridad velada: la sombra entre la luz y la quema misma como una llamarada de sol.

Zona tercera: el rostro intacto. He aquí una clave. En las dos zonas examinadas hasta el momento el sujeto Gaspar se observa a sí mismo desde su interioridad como cacique y voz de un pueblo amenazado, de una región proscrita, se le llama a la ejecución de un orden ante la imposibilidad venenosa de un destino en el cual queda atrapado como emblema: Gaspar Ilom, desnudo.

Pero la cara no se la quemó el aguardiente. El pelo no se lo quemó el aguardiente. No lo enterró el aguardiente. No lo decapitó el aguardiente por aguardiente sino por agua de la guerra. Bebió para sentirse quemado, enterrado, decapitado, que es como se debe ir a la guerra para no tener miedo: sin cabeza, sin cuerpo, sin pellejo (p. 7).

He aquí la creación del mito a partir del inconsciente al margen, de hurgar en el pasado interior hasta encontrarse. El veneno no toca el rostro. La quema del maíz no destruye su sentido. Lo potencia. Y queda la venganza de los brujos de las luciérnagas como posibilidad absoluta al maicero: Machojón, muerto y desaparecido; General Godoy, quemado y reducido a las proporciones de «un dulce de colación» (p. 75). Tres zonas en movimiento constante: la sombra que se transparenta en calidad velada que se confunde para dejar la leve impresión de un rostro intacto.

IV

La lucha aparentemente perdida por el Gaspar Ilom ha sido descrita en la emisión de su inconsciente como la pérdida de una visión. Y el deseo no realizado es el de no tener ya más aquella visión del Libro del Consejo, la visión del alba, de la llegada de ultramar, de su (vida en la) sombra, la visión del alba de la vida como fue dicho.

Desde el llamado, los brujos de las luciérnagas habían insistido en los ojos robados, los párpados botados con hacha y las pestañas chamuscadas. La ceguera del Goyo Yic, aparentemente curada en la operación del herbolario Chiguichón, la recupera el personaje en la medida en que no reconocerá a María Tecún cuando la vea. Sólo la conocía de ciego.

Los ojos le eran inútiles. No conocía a la María Tecun, que era su flor del amate, él sólo la había visto ciego, dentro del fruto de su

amor, que él llamaba sus hijos, flor invisible a los ojos del que ve por fuera y no por dentro, flor y fruto en sus ojos cerrados... (p. 94).

Y esta pérdida de una visión para la tierra de Ilom como la visión aparentemente recuperada por el Goyo Yic, que es su ceguera total, es la visión del Libro del Consejo que no se tiene (ya más). De esa pérdida es *Hombres de maíz* un relatorio, pero a su vez un examen de la inconsciencia indígena para encontrar en ella la promesa de otro tiempo por venir en aquel hijo perdido de Ilom, el que la Piojosa Grande se llevó cuando echó a correr (en el momento del envenenamiento del cacique).

A sus espaldas de mujer de cuerpo de aire, de sólo aire, y de pelo, mucho pelo, sólo pelo, llevaba a su hijo el maíz, el maíz de Ilom, y erguida estará en el tiempo que está por venir, entre el cielo, la tierra y el vacío (p. 237).

«Aquí la mujer, yo el dormido» (p. 3), epígrafe de la novela, toma su sentido. El Gaspar se ha arrojado al río, se ha sumergido en el sueño [«o a mí me duermen» (p. 8)] y queda la mujer, la Piojosa Grande, con el maíz de Ilom, como la esperanza de instauración del orden. Como el aclaramiento de la cultura maya-quiche, ante el ocultamiento que supuso la conquista. Y en esta tensión entre una imposición y un renacer o un crear se fundamenta la virtualidad interior del indigenismo en *Hombres de maíz*.

Se trata de rescatar de entre los vericuetos del inconsciente indígena su situación de silenciamiento por parte de otra cultura dominante. Un último ejemplo que cerraría el ciclo del inconsciente que se ha tendido del Gaspar Ilom a Candelaria Reinosa, al Correo-coyote, a María Tecún: el de Hilario Sacayón⁸. Interesantemente, ante la insistencia de Hilario de haber inventado la historia de Miguelita de Acatán (la que no correspondió al amor desesperado del señor Neil), na Moncha le dice:

—Entonces, ófme. Uno cree inventar muchas veces lo que otros han olvidado. Cuando uno cuenta lo que ya no se cuenta, dice uno, yo lo inventé, es mío. Pero lo que uno efectivamente está haciendo es recordar; vos recordaste en tu borrachera lo que la memoria de tus antepasados dejó en tu sangre, porque toma en cuenta que formas

⁸ Otro ejemplo directo del papel del inconsciente en la novela (como una virtualidad interior del indigenismo) serían las siguientes citas: «—Esos seres se sacrifican para que viva la leyenda— apuntó el bávaro... —Inconscientemente —dijo doña Elda—, porque ninguno de ellos sabe que es movido, imantado por una fuerza oculta, para tal fin...» (p. 155).

parte no de Hilario Sacayón, solamente, sino de todos los Sacayón, que ha habido, y por el lado de tu señora madre, de los Arriaza, gente que fue toda de estos lugares.

La vieja siguió como hablando con los párpados, tan ligera parpadeó, antes de continuar:

—En tu caletre estaba la historia de la Miguelita de Acatán, como en un libro, y allí la leyeron tus ojos... (p. 159).

En este pasaje se afirma la visión que no está perdida del todo («allí la leyeron tus ojos»). El inconsciente no sólo como ese lugar en el cual se rezagan los deseos no realizados, sino también como una secreta posibilidad de la consciencia. Sacar los deseos de allí, a la luz, y realizarlos. Hilario salva del olvido, como los sacerdotes del Libro del Consejo, elementos de la cultura, para que no se pierdan, para que se preserven y generen otra creación.

Y *Hombres de maíz* supone esto. Del *Popol-Vuh* se genera Gaspar Ilom como otra posición del indio en una contemporaneidad inmediata leyendo en su inconsciente las infinitas posibilidades del mito creador.